

Un sueño cercano a la realidad

Armando Ángel Castillo Moret

Después del primer percance de la mañana, corrí hasta la estación del tren (Metrotown), subí las escaleras y pude ver a mi amigo. El tren ya había llegado. Solo bastó una mirada para entender que debíamos subir “de una” ya que eran las 9:40 a.m. Dentro, comenzamos a conversar, mientras llegábamos a la otra estación (Comercial Broadway). El reloj marcaba las 10:00 a.m.

Empezamos a correr hacia la terminal porque el bus salía a las 10:10 y aún no teníamos los boletos. Entramos y nos unimos a la fila de compra; en ese momento eran ya las 10:10. Había un cartel que decía “sold out”. Fue cuando empezamos a darnos por vencidos.

Por curiosidad nos acercamos hacia la ventanilla para preguntarle a la señorita si tenía boletos hacia “Abbot”. Ella contestó: “Sí, me quedan dos pero el bus sale en cinco minutos”. Nos miramos con risa de impotencia ya que la fila era inmensa y eran las 10:20.

Por nuestra ansiedad, un policía se acercó a preguntarnos para dónde íbamos. “Abbot”, dijimos. El policía contestó que podíamos seguir. Corrimos. Yo miraba hacia atrás y veía a la gente atrapada en esa inmensa fila. Parecíamos corriendo los cien metros valla ya que había muchas maletas en el camino. Cuando llegamos, el bus estaba prendido y listo. Alcanzamos a subir a las 10:21 a.m. Justo a tiempo. “Nos salvamos parce”, dijo mi amigo. Era el último bus del día.

Después empezó la otra cuenta. Cuánto nos demoraríamos pues teníamos que llegar a las 12:00 m. No sabíamos cómo llegar; además, el bus se demoraba una hora y media. Después de calcular el tiempo, concluimos que llegaríamos a las 11:50. Necesitábamos un milagro.

11:40 a.m. Despertamos y vimos que habíamos llegado diez minutos más temprano. Al salir de la estación, empezamos a buscar quién nos llevara, ya que el lugar quedaba a diez minutos en carro. Los taxis nos querían llevar por 40 dólares pero tomamos uno y le “regateamos” hasta bajar a 20 dólares; en todo ese transcurso, perdimos diez minutos.

11:50 a.m. Estábamos en el taxi dando las indicaciones desde el GPS de mi amigo.

12:00 p.m. ¡Por fin, parceró! Pagamos el servicio y corrimos hacia nuestra cita.

Llegamos, dimos nuestros nombres y recibimos las instrucciones.

12:30 p.m. Miré el reloj y dije: “Llegó la hora”. Subimos a la avioneta y empezó a elevarse. No tenía miedo hasta que me dio por mirar abajo. Mi cuerpo se paralizó ¡Ahora sí me dio pánico! Mi amigo me daba ánimos, a fin de cuentas, estábamos los dos en la misma aventura. No sé a qué altura estábamos, todo se veía diminuto.

Pasaron unos ocho minutos de vuelo hasta cuando abrieron la compuerta. En ese momento, la persona que iba a saltar conmigo (un experto), me dijo: “Saque los pies”. Entre emoción y susto, dejé caer las piernas. Luego, crucé los brazos y piernas. Alguien preguntó: ¿Están listos? Cuando iba a responder ya habíamos dado el salto.

Mi sensación fue la misma que cuando uno sueña que se cae y despierta. Ese instante lo describo como un sueño. No caí en cuenta que ya estábamos dando giros hasta que nos estabilizamos. Entonces, pude verlo todo. Me sentía en la cima del mundo. Veía el paisaje a lo lejos, el sol en su máximo punto, las montañas con nieve en la cima.

Desde arriba, era una realidad que parecía un sueño. Creía que volaba. Podía ver a mi amigo a lo lejos, sintiendo la misma emoción (eso creo). Cuando se abrió el paracaídas, sentí un jalón muy fuerte. La caída duró 30 segundos, los 30 segundos de adrenalina más emocionantes de mi vida. El aterrizaje fue espectacular. No había palabras para expresar lo que se sentía, mi sonrisa hablaba por sí sola.